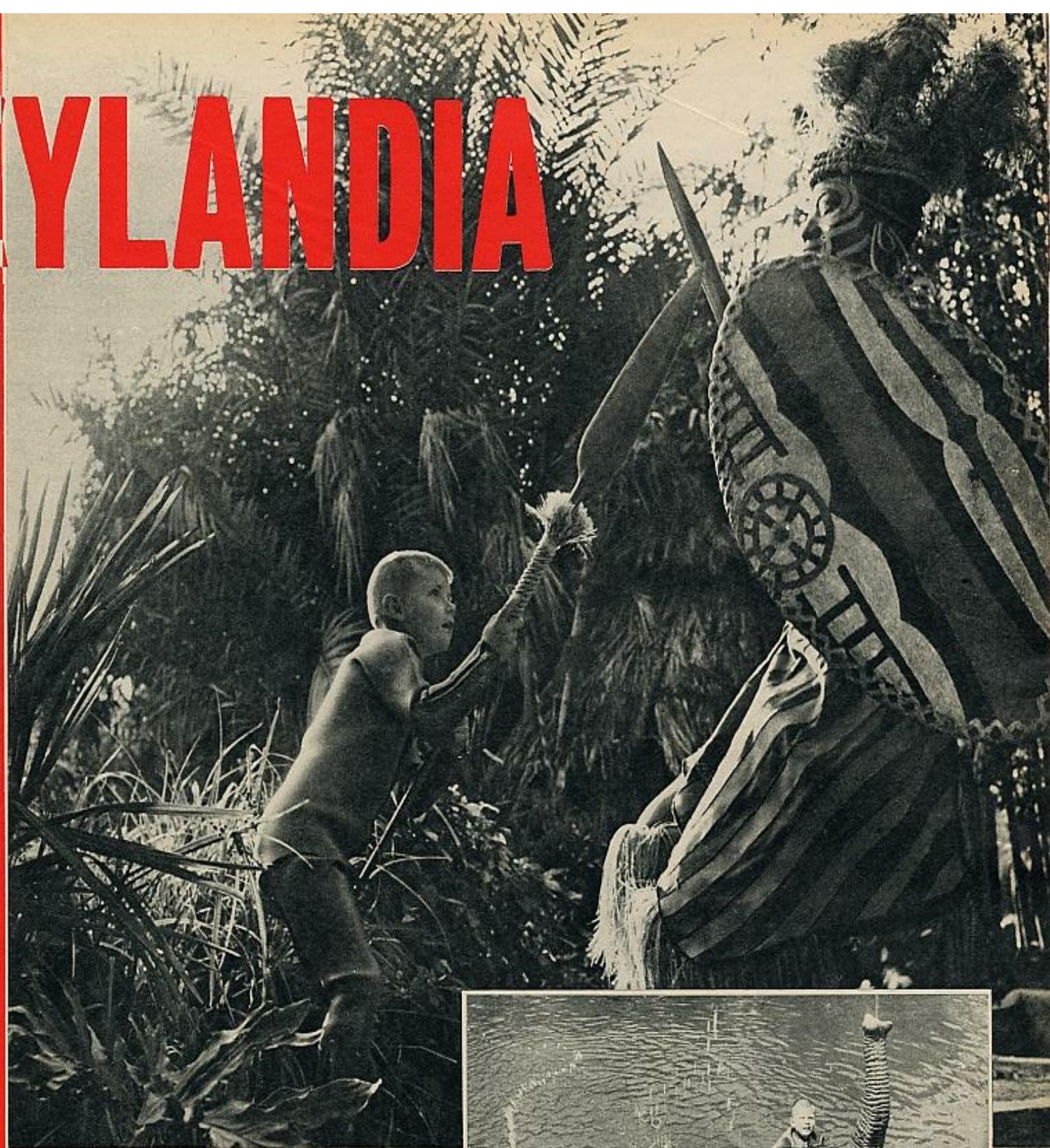


SAFARI EN DISNEY



En torno al lago artificial situado en la «jungla» de Disneylandia pueden encontrarse hipopótamos o elefantes, cuya sensación de realidad es perfecta, gracias al esmero con que han sido contruidos y a la viveza de sus movimientos. También, de regreso, puede lucharse con un guerrero africano...

EYLANDIA

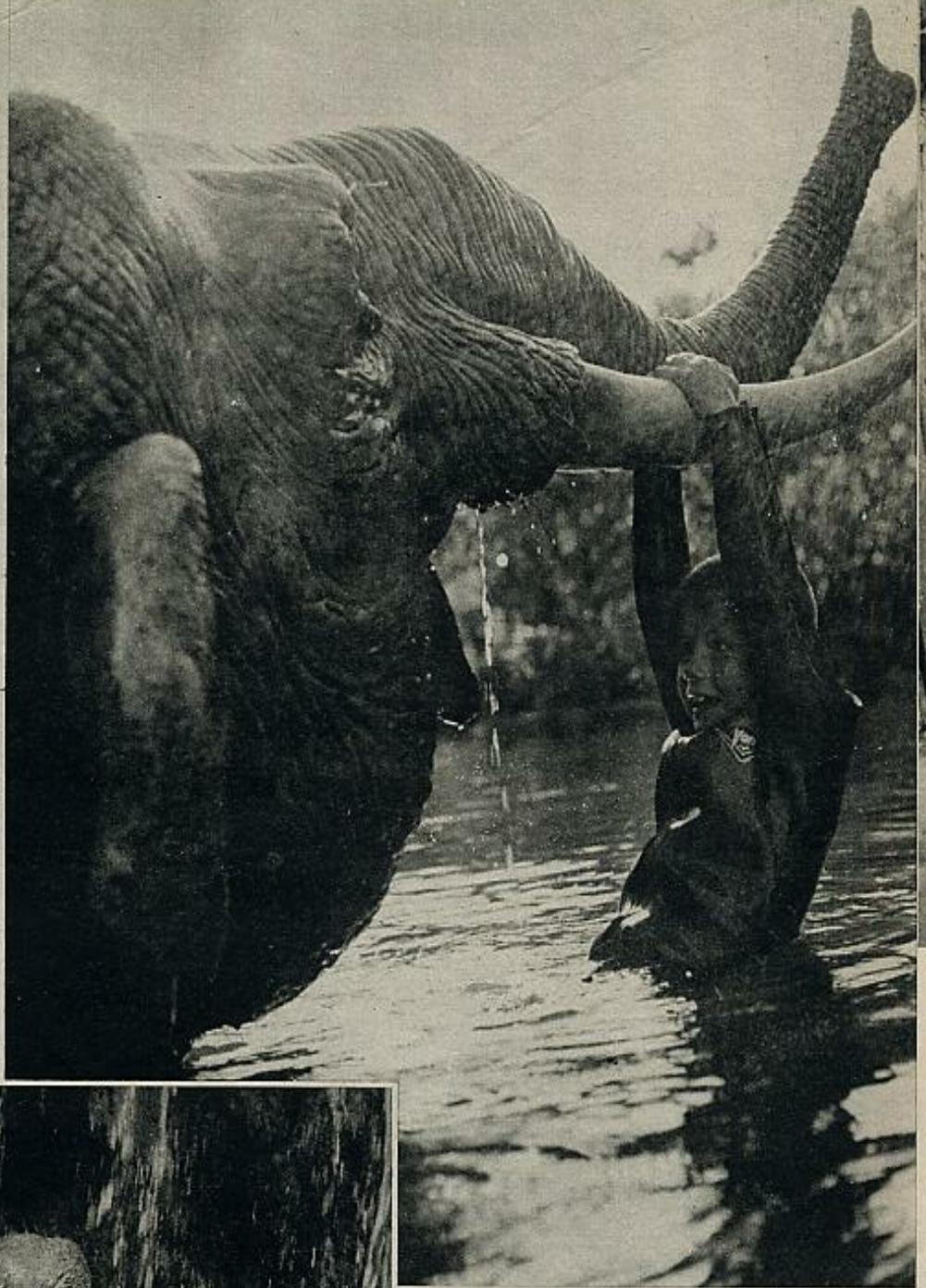


DURANTE el período de las fiestas navideñas, todo parece tener un destinatario principal: el niño. Son días de vacaciones escolares, de regalos, de reuniones familiares. Los espectáculos infantiles se prodigan, vuelven a las pantallas de los cines viejas películas, los escaparates de todos los comercios exhiben los juguetes más complicados y más caros, que llegarán a los niños a través de los Reyes Magos, de Santa Claus, de Papá Noel o, simplemente, pendientes **SIGUE**

lado en la mejor habitación de la casa.

En Estados Unidos, donde todo se hace por lo grande, donde todo se concibe en función de la máxima espectacularidad, existe un lugar que, si ya durante todo el año es el más calificado sucedáneo del «paraíso infantil», en estos días en que, a pesar del frío, el turismo interior adquiere su cota máxima, se convierte en el principal centro de cita de las familias con retoños.

Se trata de la jungla artificial existente dentro del complejo mundo de Disneylandia. Este inmenso parque de atracciones, creado hace unos años por el hombre que, desde sus estudios de Burbank, ha dominado desde hace más de treinta los sueños infantiles, se ha convertido en poco menos que una institución, en la que, convenientemente plastificados y asepsizados, pueden contemplarse todos los mitos de la literatura infantil, pasados por el tamiz de la relamida imaginación disneyana. Allí pueden verse, además de todos los personajes de las películas del propio Disney —Blancanieves y los enanitos, «Dumbo», «Mickey» y el «Pato Donald», etcétera—, los de los cuentos célebres de todos los países. Pero lo que más éxito tiene siempre es la jungla, en la que existen reproducciones, a tamaño natural, de todos los animales salvajes que viven en la selva africana. En un decorado que reproduce con la máxima impresión de veracidad una verdadera selva, en la que se mezclan elementos dispares y a lo largo de la cual alternan lagos, cataratas y reproducciones de monumentos de culturas extinguidas, se pasean estos animales, en cuyo interior están situados poten-



Los elefantes, gracias al motor hidráulico que llevan en su interior, pueden adoptar las más variadas actitudes y hasta expulsar por la trompa el agua que previamente han ingerido a orillas del lago.



tes motores hidráulicos que dan a sus movimientos apariencia de verosimilitud. En los lagos chapotean cocodrilos e hipopótamos, en sus orillas beben los elefantes y hasta es posible, en cualquier vericuerdo, encontrarse con un guerrero armado de sus pertrechos, con el que puede sostenerse una breve lucha. Todo un mundo mítico, que responde a la imagen que de África se ha venido dando en Europa y América durante más de un siglo de civilización colonialista, se pone así al alcance de la mano de los pequeños. Y, entre éstos, los hay que se pueden considerar privilegiados. Por ejemplo, Brad Washo, que, en función del trabajo de su padre, vive todo

SAFARI EN DISNEYLANDIA



Los cocodrilos constituyen una de las diversiones favoritas del pequeño Brad Washo, que lo mismo es capaz de investigar en sus abiertas fauces que de darse un agradable paseo cabalgando en su lomo.

el año en las inmediaciones del parque y puede así disfrutar de sus atractivos durante todos los momentos que sus obligaciones escolares le dejan libres. Entonces se pone su traje de hombre-rana y se lanza al lago artificial —su zona de acción preferida— para jugar con las fieras. Luego, cuando charla con sus amigos, puede contarles, sin que nadie pueda tacharle de mentiroso, cómo cabalgó sobre un enorme hipopótamo, cómo atravesó el lago colgado de los colmillos de un elefante o cómo luchó a brazo partido con un feroz cocodrilo.

(Fotos RICHARD HEWETT-IP1)

